



<http://www.rosablindada.net/>

**Entre murciélagos y conejos blancos
o de cómo Bruce Wayne pudo salvar a Leonora Carrington**

MIYER PINEDA

*Cancelamos la hipoteca y conservamos los murciélagos.
Y entre nuestras paredes ellos se debaten: ciegos como nosotros.*

Ledo Ivo

RESUMEN

A partir del diálogo entre algunas películas que pertenecerían a la cultura pop y al cine comercial de Hollywood, dibujo una lectura del problema de la banalidad del crimen y de la necesidad del arte de expurgar esta realidad.

PALABRAS CLAVE: Cine, TV, Batman, Consumo, Terror, Arte gótico, Ciudad

Este ejercicio dialógico entre varios iconos de la cultura pop (enmarcados en la cultura del consumo), y algunas manifestaciones de lo macabro (que también han perdido su aura y su oscura dignidad aunque parecieran refugiarse en el arte gótico), se soporta como continuación de una tesis planteada por Leonora Carrington. La tesis es sencilla y superflua: reivindica la necesidad del infierno por encima del invento medieval del purgatorio.

El diálogo se sostiene entre algunas películas que pertenecerían a la cultura pop y al cine comercial de Hollywood, y el cuento *Conejos blancos* de Carrington; pienso que la tesis que se dibuja propone una lectura del problema de la banalidad del crimen y de la necesidad del arte de expurgar esta realidad.

Aunque he planteado un marco de reflexión que toma elementos propios de lo gótico y elementos propios del consumo, debo subrayar que no es mi intención analizar lo gótico. Sólo diré que pensar lo gótico ha terminado por convertirse en una paranoia que ve sus manifestaciones en todos lados ¿No forzaríamos a la cultura si comenzamos a ver por todas partes, manifestaciones de lo gótico? ¿Eso no es lo que se conoce como hilar delgado? Pienso que este problema prescindible se arregla si proponemos una lectura del mundo desde Jacques Le Goff cuando sugiere (a manera de divertimento) que en realidad no hemos salido de la Edad Media, y que por tanto, esas manifestaciones resultarían evidentes.

Señalar la banalidad del mal sobre un escenario pop o advertir que en la cultura del consumo muchas manifestaciones de lo macabro han perdido su aura y su oscura dignidad, y que sin embargo han sido asumidas por muchos seguidores de lo gótico como algunas de sus características más sustanciales, nos permite una posibilidad de *disputa* de esos elementos para plantear que son inherentes a lo humano.

Sin embargo quiero resaltar que esta *posibilidad* ha sido asumida por el Arte, en momentos en los que se encuentra a merced del consumo, el marketing y la frivolidad, y que como consecuencia comienza a olvidar que el medioevo iluminaría al mundo con sus logros más preciados, entre los que se encuentran, la universidad, la ciudad, la introspección, el amor por el conocimiento, el humanismo, los derechos del individuo, el libro, etc. (Corradini, 2005).

Ahora, como se abordan elementos como el miedo, el terror y lo oscuro, los invito a caminar por ciertas calles de mi barrio para que comprendan lo que en realidad es el terror, o los invito a rastrear en internet lo que en Colombia significa una *casa de pique*;

mejor dicho, si quieres terror, ponte a estudiar la historia de tu patria. Por ahora, vamos con Leonora:

1

La artista y escritora Leonora Carrington (1917) o *La desposada del viento* (amante de Max Ernst) nació en Inglaterra y se sumó a la causa antifascista. Cuando el régimen puso preso a Ernst, ella terminó siendo recluida en un hospital para enfermos mentales; finalmente pudo escapar del hospital y del régimen; atravesó el Atlántico, se exilió en México, donde adquirió la nacionalidad, tuvo una vida de novela como una de las figuras más poderosas de la cultura mexicana, y murió finalmente en este país en el 2011. En 1938 publicó un libro titulado *La casa del miedo*; luego publicó otros nueve libros entre los que se encuentra *El séptimo caballo y otros cuentos* (1988), y allí, en esa selección se encuentra el cuento *Conejos blancos*.

Algunos de estos libros fueron ilustrados por ella misma, aunque los primeros tuvieron la colaboración de Max Ernst. Si es cierto que el cuento *Conejos blancos* (Carrington, 2007) fue publicado en 1944, ya cuando sobreviene el final de la guerra, podría establecerse una relación con el generoso impacto que tuvo para la economía estadounidense, la segunda guerra mundial.

Es evidente lo rentables que resultaron estas conflagraciones para los Estados Unidos; desde entonces sabemos que la guerra es un negocio que crea ganancias sobre el ingenuo espejismo de la patria, y Estados Unidos es experto en esta materia: enaltecer el discurso de los valores democráticos y buscar la manera de lucrarse de los enfrentamientos bélicos.

Nosotros sabemos de esto porque en nuestro territorio se libra una de esas tantas guerras que los enriquecen. La guerra contra el narcotráfico les deja ganancias exorbitantes; así que en cierto sentido no es descabellado pensar que podrían tener razón quienes aseguran que ellos son el cartel de la droga más grande del planeta; y

como toda guerra se justifica a través de concretos manejos del lenguaje, hicieron del concepto de lo ilegal y del crimen, caballitos de batalla para justificar su cruzada en cualquier lugar del mundo. Una cruzada envuelta en doble moral y cinismo.

A este respecto vale la pena ver la película *Sicario* (Villeneuve, 2015), en la que se enaltece la hipocresía del aparato de seguridad norteamericano al enfrentar a los carteles de la droga, aliado con el demonio para poder mantener controlado el negocio. Léase bien: mantener. En la película se enseñan fotografías de cuerpos masacrados, torturados, cercenados mientras el relato muestra que lo mismo le sucede a los protagonistas: *Medellín*, un “abogado en duelo” (Benicio del Toro) que busca venganza, y una agente del FBI (Emily Blunt) quien intenta mantener su integridad moral en un mundo en el que no funcionan ni la moral, ni la ética, ni la ley: porque “nada es personal, son negocios”.

En la película, un agente de seguridad estadounidense en el momento de observar los cadáveres cercenados y decapitados colgados de un puente, admira la estrategia utilizada por los carteles para producir terror. Carteles que asesinan y utilizan el miedo y la muerte para mantener productivo su negocio.

Dejar lo humano a merced de ciertas formas frívolas de la racionalidad instrumental es la herramienta de esta nueva civilización occidental, abanderada por la tesis del fin de la historia, y la hipocresía hiper consumista liderada por la sociedad estadounidense. Despojar de lo sublime al crimen. Quitarle el halo de belleza y esgrimir el argumento monetario es demasiado banal. Por eso el culto al asesino como artista que se detecta en el comic, en el cine y en la televisión norteamericana. Por eso la mayoría de relatos de ficción artísticos que tocan el crimen, enaltecen la posibilidad de recobrar elementos que se forjaron desde el arte gótico (desde *CSI*, *Hannibal*, *Person of interest*, *Game of thrones* hasta *Dexter*, *Breaking Bad* y la trilogía de *Batman* de Nolan).

Por eso deberíamos hacer un llamado a la resignificación del mal, más allá de los tópicos capitalistas. Por eso la posibilidad de la comprensión de *Ras Al Guhl* y del

Joker. Porque como dice este último, “la ciudad se merece un nuevo tipo de criminal” mientras quema a un ingeniero financiero (estilo Wall Street) que le sirve a la mafia y al infeccioso y parasitario sistema financiero, encima de una montaña de millones de dólares; un verdadero criminal es un artista que sólo quiere ver arder el mundo.

Esa es la razón por la que ya no existen héroes, porque el mal ha perdido el halo de misterio; ahora es demasiado superfluo, demasiado trivial; exageradamente estúpido y sistémico. Se ubica en la ciudad pero desconoce el significado de la ciudad que reclama al héroe, el que nos recuerda que quizás el pesimismo es la inteligencia de la esperanza.

Recordemos que una de las acepciones de la palabra *estúpido* es patear los libros, es decir, el rigor del conocimiento, los símbolos, la profundidad del pensamiento. Y eso ha sucedido en *Ciudad Gótica*, por eso el Joker también caza a criminales. El *Joker* y *Batman* hacen un llamado por el arte gótico, porque el arte gótico debería dejar de pertenecer a la simulación, al estilo de una moda que ha quebrado sus poderosas raíces.

El llamado por el arte gótico es un grito para el verdadero criminal; uno que encuentre necesario hacer padecer a los mal llamados criminales, a los corruptos por ejemplo, o a los asesinos; a este respecto se puede citar la serie *Dexter* (Manos, 2006), basada en la novela *Darkly dreaming Dexter* (2004) de Jeff Lindsay (esposo de la sobrina de Ernest Hemingway), y que alcanzó a durar ocho temporadas. *Dexter*, el personaje de Lindsay, escucha a una voz interior que lo empuja a matar; esta voz es llamada “el oscuro pasajero” y se calla por un tiempo luego de los homicidios hasta que la voz regresa. *Dexter* es un forense que trabaja en la policía de Miami y asesina a asesinos que han huido de la justicia. En el fondo *el oscuro pasajero* propone escuchar a De Quincey y hacer del asesinato una de las bellas artes; de esta manera, tanto cretino que solo hace el mal para enriquecerse termina siendo despreciado por personajes como el Joker, y por eso los incinera vivos encima de una montaña de millones de dólares.

Y aquí está precisamente el escenario sobre el que planteo mi reflexión. El mal comienza a ser lesionado por las trivialidades del capitalismo, y el arte lo detecta. Ha sido despojado el mal de toda su luminosidad. Por eso propongo una reflexión sobre la simbólica del mal con algunos elementos simbólicos de algunas películas como la trilogía de *The Dark Knight* (Nolan, 2005, 2008, 2011), *Seven* (Fincher, 1995), *El Lobo de Wall Street* (Scorsese, 2013) etc., enfrentados a un relato de Leonora Carrington que se ubica en la misma gótica ciudad y que se encuentra infestada de *conejos blancos*. Sin embargo, creo que debemos comenzar con una síntesis del cuento, mientras se va estructurando la carga simbólica que permite la reflexión.

2

“Ha llegado el momento de contar los sucesos que comenzaron en el número 40 de Pest Street”. Así empieza su relato la mujer que protagoniza la historia. En seguida pasamos de Londres a Nueva York, la ciudad gótica que reemplazó las catedrales por los rascacielos y la divinidad por el dinero, la forma más simple de la divinidad. La visitante se ubica en la calle *Pest Street* y desde allí contempla a la ciudad que huele a orines, que apesta, y en la que abundan los parásitos. La palabra Pest significa eso, parásito, peste, mosca, lata, entre otros; también es un concepto gerencial y tecnocrático aplicado a las Empresas. La sigla PEST hace referencia a lo Político, Económico, Sociocultural y Tecnológico.

Es fundamental reconocer el escenario gótico que envuelve el relato, y la manera en que existe un vaso comunicante entre esas dos épocas históricas: el medioevo y la época contemporánea (para algunos incluso posmoderna), que sin embargo y afortunadamente no ha podido dejar ciertos lastres del oscurantismo, mientras tiene que relacionarse con el monstruo tecnológico que aplasta lo humano, y que ahora le impone banalidad y frivolidad. Por eso resalto esta otra línea de la descripción: “La luz no era muy fuerte en Pest Street”. La *luz* como símbolo de la razón versus la *peste*, ahora sigla-símbolo de la época contemporánea, a todas luces neofascista.

Quizás deba recordarse la quema de libros de los nazis, un indicador de esa estrategia de lograr que toda su sociedad fuera banal, porque así resultaba más fácil manipular o entregarse a la histeria, a la máquina de la muerte. Esta referencia es una tesis de Hannah Arendt en *La Condición Humana* (1958). Una sociedad banal no se opone a su propia destrucción, la alienta, la promueve, y lo peor, sin darse cuenta.

Otro elemento que endurece la atmósfera gótica es la alusión a un bestiario: “Apoyé la cabeza entre las rodillas, y me puse a observar un moscarda que chupaba el cadáver de una araña”; alza la cabeza la protagonista y observa a un cuervo: “metió la cabeza debajo de un ala, buscándose piojos al parecer”. Es el cuervo el que permite entrar a otra secuencia del relato. Aquí aparece una anciana llamada Ethel, quien le arroja huesos al cuervo, y quien limpia el plato con su pelo. Ethel le hace una extraña pregunta. Quiere saber si de casualidad ella tiene carne en descomposición que le obsequie. Nuestra protagonista siente curiosidad, así que compra carne y la deja al aire libre para que se pudra; al ver que ya huele y que está rodeada de moscas, se dirige a visitar a la anciana. “El recibimiento, que estaba casi a oscuras, parecía de madera tallada”. La mujer misma bajó, susurrante, “con una antorcha en la mano”.

Ethel (noble, justo), tiene la piel completamente blanca, y “brillaba como si la tuviese salpicada de mil estrellitas diminutas”. “Camina como si tuviese miedo”, y mientras la protagonista hace esta descripción, agrega: “El suelo estaba sembrado de huesos roídos y cráneos de animales”. Luego de un silbido de Ethel salieron “cautamente un centenar de conejos blancos de todos los agujeros, con sus grandes ojos rosas fijamente clavados en ella”. Ethel saca la carne podrida y se la arroja a los conejos blancos. “Los susodichos conejos despedazaban la carne con sus afilados dientes de macho cabrío”. La antorcha ilumina el rostro, igual de brillante, de un hombre con bata roja que está sentado sin percatarse aún de la visita, o del conejo que devora un pedazo de carne en una de sus rodillas. Es el esposo de Ethel. “Los chicos solían llamarlo Lázaro...”.

Lázaro; el nombre es de origen hebreo y significa “El ayudado por Dios”; la figura Bíblica hospedó a Jesús y fue resucitado por él. Y ahora yace ahí en el sillón. Ethel invita a la protagonista a quedarse con ellos. “De repente me entró miedo y sentí ganas de salir, de huir de estas personas terribles y plateadas y de sus conejos blancos carnívoros”. “¿No quiere quedarse y ser como nosotros? En siete años su piel se volverá como las estrellas; siete años tan sólo, y tendrá la enfermedad de la Biblia: ¡la Lepra!”.

3

En Nueva York, la ciudad neogótica, la que huele extraño, la que fue atacada por fundamentalistas como en una cruzada, la ciudad de la PEST-e gerencial. La ciudad de los rascacielos como catedrales góticas, la ciudad de la Torre de Babel en la que asesinan a John Lennon; en esa ciudad en la que a lo lejos se ve a la Estatua de la Libertad como una simuladora, como una farsante; en esa ciudad habita Lázaro, el leproso, y allí el suelo está regado por huesitos y cráneos, y allí los lobos de Wall Street son conejitos carnívoros.

La referencia a la película *El lobo de Wall Street* (2013) de Martin Scorsese, no es gratuita. En el medioevo los leprosos llevaban una tablilla que anunciaba su paso, y su santo era San Lázaro. Hoy en día esa tablilla es el arte, el cine; y en él, el subversivo intento de enseñar a los espectadores los causantes de sus desgracias (por eso el poeta docto dijo que el arte es ese espejo que nos refleja nuestra propia cara).

De esta manera puede comprenderse mejor la profundidad del simbolismo de la lepra; aquí no es una enfermedad solo de la piel o de la carne; aquí debemos asumirla en su dimensión moral que se esparce y se contagia. Una enfermedad que mutila y que es motivo de vergüenza. Lo que les falta a los lobos de Wall Street precisamente, la virtud de la vergüenza. El texto indica que en Nueva York existen estos leprosos y que los conejitos blancos son carnívoros, y que se alimentan de carne podrida. ¿El problema? Leonora lo sabía, no existe ningún salvador que haga el milagro de “limpiarlos”.

En el cuento se les señala a estos conejitos-lobos de Wall Street, se les estigmatiza como sucedía en muchas historias de la Biblia; se salvarían quizás, si lograran acercarse a valores religiosos transparentes y dignos, de manera que se propusieran salvar la ciudad, la polis, tal como intentará hacer Bruce Wayne. La relación entre los lobos y los conejitos carnívoros se agudiza si recordamos la película *Sicario*; en ella, *Medellín* le dice a la agente del FBI que se mude a un pueblo pequeño donde la Ley aún funcione porque Estados Unidos ha sido tomada por los lobos.

Jordan Belfort es el lobo de Wall Street. Un hombre que es el icono real de lo que significa el sistema financiero estadounidense a la hora de poner freno a la especulación que terminará afectando a millones de personas en todo el planeta: Wall Street no es más que poder, mujeres, droga, excesos, dinero; nada de ética o moral, nada de respeto por la ciudad democrática; una ciudad a merced de los siete pecados capitales: gula, pereza, lujuria, ira, envidia, soberbia y avaricia. En el cuento, el número 7 es simbólico. Es una referencia a estos pecados capitales que serán vistos por Leonora Carrington como los elementos típicos del capitalismo salvaje y caníbal, que se ha expandido como una lepra por el mundo. Wall Street y sus vergüenzas; los culpables de la crisis económica global que ha dejado en la calle a millones de personas; los ha dejado a merced del hambre y la desesperanza.

A este respecto vale la pena ver el documental *Inside Job* (Ferguson, 2010), que obtuvo un premio Oscar en el 2011 y que aborda la corrupción y el cinismo del sistema financiero que provocó la crisis económica del 2008, o la película *The big short* (McKay, 2015) en la que (como en un tablilla para señalar la peste), algunos productores de Hollywood intentan recordarle al mundo lo que significó la crisis mundial provocada por el sistema financiero estadounidense y que dejó según estadísticas que maneja la película: “5 trillones de dólares desaparecidos que pertenecían a los pensionados; valores inmobiliarios, 400 mil en ahorros y préstamos desaparecidos; 8 millones de personas que perdieron su trabajo; 6 millones perdieron sus casas”, y esto solo en Estados Unidos.

A lo largo de la historia de Michael Burry, un médico que predijo la burbuja inmobiliaria y la caída de la Economía mundial, se cuestiona que ningún banquero haya sido juzgado y que por el contrario hayan recibido millones de dólares que utilizaron para hacer lobby en el congreso para evitar las reformas que los regularan. La culpa de la crisis se les endilgó a los pobres, a los inmigrantes y a los maestros.

Pero si hay una película que explora el peso simbólico de los pecados capitales en Nueva York, es *Seven* (1995) de David Fincher; allí se explora de manera distinta cómo estos pecados se agudizan cotidianamente hasta volverse una radiografía de nuestra cultura. Aquí el criminal no quiere enriquecerse, quiere enviar el mensaje, lo mismo que busca el Joker cuando sitia a ciudad Gótica en *The dark knight* (2008). Lo importante es enviar el mensaje. Pero la pregunta sería ¿qué mensaje? Todas las respuestas son posibles menos una: que el dinero, la forma más ridícula de la divinidad, es importante. Hay fines e intereses intelectuales en estos criminales y asesinos. Yo perversamente, creo que hay honor en ese fin. Es el mal mismo reivindicado, el mal que hará posible que brille el héroe, la oscuridad que posibilita la luz. A este respecto podría recordarse otra película de Hollywood, *Unbreakable* (Shyamalan, 2000), llamada en español *El protegido*, una película de M. Night Shyamalan, protagonizada por Bruce Willis y por Samuel L. Jackson, y que cuenta la historia de *Elijah Price, el hombre de cristal*, un hombre enfermo al que se le rompen continuamente los huesos, y que se dedica a escribir y dibujar comics pero que en realidad es un psicópata genocida que busca su némesis; es decir, es la historia de un hombre que encarna el mal y que mata para poder abrirle paso al bien, al héroe. Borges ya lo había sugerido en *Tres versiones de Judas* (Borges, 1980).

La ciudad de *Seven* podría ser cualquiera, sin embargo, Kevin Walker, el guionista, dijo que fue fundamental su estancia en Nueva York para consolidar el guión. En la película llueve todo el tiempo; no hay moral y en ella se dirime la vida. La esposa del detective Mills está embarazada pero piensa abortar. William Somerset, cazador de asesinos le dice que si aborta nunca le diga nada a Mills, pero que si tiene el niño, lo ame con toda

su fuerza. A Somerset lo aterra la posibilidad de traer hijos a este mundo infame. ¿Cómo traer hijos a la ciudad gótica? Pero peor aún ¿Cómo traer hijos a una ciudad que no lo es? ¿Cómo traer hijos a ciudades subdesarrolladas ya no rodeadas por montañas sino por comunas, pobreza y tanta estupidez; sin edificios, rascacielos o dignidad en el acto del mal?

Se debe señalar que mientras el detective Mills se extravía en las pistas para resolver los asesinatos, el verdadero detective, William Somerset, se va a la Biblioteca: para rastrear a un artista del mal, se debe ser un gran lector. Mills es el artista de hoy en día: los hallazgos que producen la pose (la simulación) y las buenas intenciones; Somerset, por el contrario, simboliza los hallazgos que produce el conocimiento de los clásicos, y de la trayectoria de las depuraciones de la tradición; cuando William Somerset llega a la Biblioteca, comienza a sonar Bach, y la música se esparce por las galerías y los libros hasta llegar a Virgilio, a Boccaccio a Dante.

Mills, Somerset y el asesino son artistas; sin embargo solo Somerset está tocado por Orfeo; sólo el dedicado lector puede contemplar el abismo. Lo interesante o lo insólito de este asunto, es que Somerset en *Seven* y Lucius Fox en la trilogía de Batman, son protagonizados por Morgan Freeman. Y ya sabemos que Lucius Fox, no solo es el hombre que mantiene a flote las Empresas Wayne, también es uno de los cómplices de Bruce Wayne, un hombre con un elevado coeficiente intelectual.

Creo que una de las conclusiones que arrojan estas películas hasta el momento es la siguiente: Si la ciudad gótica es una ciudad tomada por la filosofía de los pecados capitales, hace falta un nuevo tipo de criminal; y eso lo ha detectado el arte. Hacen falta bibliotecas, cultura, filosofía, oscuridad que revitalice la transparencia, que resguarde el cuerpo, que permita descansar el alma, el deseo que se pule frente a lo que algunos lacanianos llaman hoy en día el plus de goce.

Quizás lo gótico permita la exploración de los laberintos interiores, de esos abismales pasillos que somos y que son cosificados por los malestares de la urbe. A este

respecto retomemos a Bruce Wayne: lo contrario de Jordan Belfort, incluso lo contrario del Joker y de John Doe (el criminal de *Seven*). Dignificar la Ciudad, salvarla. Dar la fortuna, el amor, y casi que la vida por la Ciudad. Morir en ella. Una lección socrática encarnada en Bruce Wayne. Un multimillonario con remordimiento. Un liberal que rastrea el mundo para fortalecer su mente y su cuerpo; un hombre con un elevado coeficiente intelectual que aplastará a los criminales con sus propias manos; defenderá a la ciudad corrupta porque quizás pueda salvarse.

De eso se trata el juego, de ser pesimistas con esperanza como decía José Saramago; esa es la inteligencia de la esperanza, tan necesaria hoy en día en nuestro país. ¿Ras Al Ghul y Bane tienen razón? ¿Apague y vámonos? ¿El suicidio o el exilio? ¿Esas son las únicas opciones para el verdadero maestro? Ponerse la máscara e intentar cambiar el mundo. Pienso que Bruce Wayne es la síntesis del ideal filosófico de los que se proponen transformar el mundo. Si quieres hacerlo deja de encarnar los malestares de la cultura y comprende que pensar es irse en contra de uno mismo porque encarnamos el sistema. Gandhi lo decía, si quieres cambiar el mundo cambia tu primero. Wayne lo hace. Se aleja de ser lobo, se mimetiza entre los demás conejos pero reivindica al murciélago y aprende a vivir en la oscuridad de nuestra época para salvar la ciudad. No sé si Bruce Wayne pudo salvar a Leonora Carrington, (tal vez fue lo contrario); lo cierto es que el cuento de Leonora es un retrato de lo que significa vivir en la ciudad gótica. Su advertencia está ahí para el resto del mundo. No puedo dejar de imaginar a Bruce Wayne leyendo en su estudio el poema *Murciélagos* de Ledo Ívo, y susurrando esas líneas mientras “vuela” sobre los rascacielos de la ciudad: “Pero el murciélago, durmiendo como un péndulo, solo guarda el día ofendido” (Ivo, pág. 103).

4

Ya para terminar quiero decir que el mundo es un castillo y que cada ser humano agrega algún aldabón de la gótica cadena que es el mundo. Quizás sirva pensar en que dejamos de ser humanos hace mucho, o que quizás la humanidad es un vano ideal; si esto es así, ciertas sombras de lo gótico hacen las veces de ideología, de

paradigma utópico y ucrónico. Así tenemos el arte gótico como un problema del tiempo y del espacio, con peso estético, axiológico y ontológico. Así tenemos que el seudogótico escenario de nuestra desesperación que podría terminar en pánico, terror o miedo, es más producto de la estupidez, y de esa idea actual de patear los símbolos, los libros, el rigor filosófico.

Reivindico la presencia de lo gótico, siempre y cuando alimente al niño terrible que llevamos por dentro, para enrutarlo hacia el rigor de la esperanza; quizás lo gótico sea la posibilidad de bucear en la oscuridad que la rodea. Más que moda gótica para figurar en el face, propongo el fantasma interior paseando por dentro como el contenido ético que se necesita para aprender a mirar la ciudad, para aprender a caminarla porque al decir del poeta, esas calles son el monólogo de lo que somos o de lo que podríamos llegar a ser. Ser en camino repetía Paul Ricoeur (Dosse, 2013). Vamos en busca de la ciudad gótica (López, 1983) a merced de esa premisa; ser en camino, a través de la banalidad en busca de la profundidad del sentido de lo que significa la existencia alejada de los malestares culturales de la sociedad contemporánea.

BIBLIOGRAFÍA

- Borges, J. L. (1980). *Prosa completa*. Barcelona: Bruguera.
- Carrington, L. (2007). Conejos blancos. En J. Cortázar, *Cuentos inolvidables según Julio Cortázar* (pág. 303 a 309). Bogotá: Alfaguara.
- Corradini, L. (12 de Octubre de 2005). <http://www.lanacion.com.ar/746748-seguimos-viviendo-en-la-edad-media-dice-jacques-le-goff>. Recuperado el 2010, de <http://www.lanacion.com.ar/746748-seguimos-viviendo-en-la-edad-media-dice-jacques-le-goff>.
- Dosse, F. (2013). *Paul Ricoeur. Los sentidos de una vida (1913-2005)*. Argentina: FCE.
- Ferguson, C. (Dirección). (2010). *Inside Job* [Película].
- Fincher, D. (Dirección). (1995). *Seven* [Película].
- López, J. M. (1983). *Gottfried Benn*. Barcelona: Ediciones Júcar.
- Manos, J. (Dirección). (2006). *Dexter* [Película].
- Nolan, C. (Dirección). (2005, 2008, 2011). *The Dark Knight* [Película].
- Scorsese, M. (Dirección). (2013). *El lobo de Wall Street* [Película].

Shyamalan, M. (Dirección). (2000). *Unbreakable* [Película].

Villeneuve, D. (Dirección). (2015). *Sicario* [Película].